

Gabriela Wiener y Rocío Quillahuaman: racismo sistémico y orgullo ‘marrón’ en España

Oswaldo Estrada

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España

Abstract This article analyzes how two contemporary Peruvian writers document systemic racism in Spain in their literary works. Taking into account Gabriela Wiener’s novel, *Huaco retrato* (2021), and Rocío Quillahuaman’s memoir, *Marrón* (2022), as well as various theoretical postulates on the coloniality of power, the article pays attention to coloniality, white supremacy, marginalization, and discrimination against the Latin American immigrant in the Iberian Peninsula. As they document a real problem, both writers—the critic argues—empower themselves through their writing, legitimizing their Peruvian origin, their *choledad*, the color of their skin, their difference and otherness.

Keywords Gabriela Wiener. Rocío Quillahuaman. Racism. Migration. Coloniality. Peruvian literature.

Índice 1 Introducción. –2 Identidad marrón, chola y sudaca. –3 Ser latina en España. –4 Descolonizar el deseo en Panchilandia.

1 Introducción

Al analizar, a principios del nuevo milenio, las migraciones temporales o permanentes, voluntarias, realizadas por motivos de trabajo o causadas por la violencia, Néstor García Canclini observa que estos flujos migratorios han creado «relatos de desgarramientos y conflictos, fronteras que se renuevan y anhelos de restaurar unidades nacionales, étnicas o familiares perdidas» (2005, 34). En la tercera década del siglo XXI, esta situación se ha complicado aún más con las nuevas olas migratorias de América Latina a los Estados Unidos o Europa, obligándonos a estudiar el lugar del extranjero en su país de adopción, los dilemas del exiliado y el inmigrante, diversos procesos de hibridación cultural y nuevas formas de racismo que reflejan el rechazo hacia el recién llegado, al otro que no pertenece, que ha llegado para cambiar la cultura dominante con su música, sus comidas, sus costumbres, su acento y su color. Debido a estos constantes flujos migratorios, el rostro del planeta ha cambiado aceleradamente, nos recuerda Mabel Moraña, y hoy los países europeos reflejan una multiplicidad étnica que se inserta con diferentes niveles de integración en sociedades ya de por sí cosmopolitas (2021, 33). Nada más cierto. Los latinoamericanos en España, procedentes sobre todo de Ecuador, Colombia, Bolivia, Perú, República Dominicana, Argentina, Paraguay y Brasil, representan la minoría cultural más importante. Con casi 1 millón 500 mil personas, los llamados 'latinos' representan alrededor del 30% de la población total de extranjeros en España.¹ Tal vez por eso mismo siguen vigentes en la Península Ibérica los estereotipos que infravaloran a los inmigrantes latinoamericanos, así como la discriminación y la violencia hacia los latinos de segunda generación, nacidos y educados en territorio español.²

Muchos son los escritores latinoamericanos que por razones laborales, familiares o académicas viven en España desde hace varias décadas, como Fernando Iwasaki, Jorge Eduardo Benavides, Clara Obligado y Andrés Neuman, entre otros. O como Jordi Soler, Santiago Roncagliolo, Mónica Ojeda, Brenda Navarro, Renato Cisneros y Juan Gabriel Vásquez, que residen en España desde hace varios años y siguen formando parte de la producción literaria de sus respectivos países. Este también es el caso de la peruana Gabriela Wiener (Lima, 1975), quien mucho ha escrito sobre el racismo imperante hacia los otros, de piel morena, los inmigrantes latinoamericanos

1 Sobre el aumento de la migración latinoamericana en España en los últimos años, véase el artículo «Qué papel juegan los inmigrantes de América Latina» de Guillermo D. Olmo.

2 Sara Rosati aborda este tema en el artículo «Latinos en España».

que, pese a sus muchas aportaciones a la economía y a la cultura, causan molestia en España. En un artículo del 2020, publicado en *The New York Times*, titulado «Orgullo marrón», Wiener explica lo que significó para ella habitar una piel morena, «color puerta», en un país tan racista como el Perú. Estaba a punto de publicar *Huaco retrato* (2021), novela que documenta no solo el racismo en su país natal sino en España, donde vive desde el 2003. Al leer la primera entrega de Wiener, Rocío Quillahuaman (Lima, 1994), también peruana y radicada en Barcelona desde la infancia, se siente motivada a seguir escribiendo su propia historia de migración. Al poco tiempo publica un texto autobiográfico, *Marrón* (2022), donde expone el racismo imperante en España, la exclusión étnica y, sobre todo, el miedo al otro que representa todo lo extranjero, lo indeseable, lo peligroso. En este capítulo las estudio en conjunto porque las dos autoras aportan conocimientos clave sobre una situación que afecta a todos los latinoamericanos radicados en España, en particular, o en el resto de Europa, en general: el racismo sistémico y los efectos actuales de la colonialidad. Además, en ambas autoras la escritura documental se impone como un acto de empoderamiento. Porque cada una, desde su propia trinchera, escribe para crear conciencia sobre un problema generalizado y tal vez para que la historia tenga otro desencadenamiento en un futuro cercano.

Para Aníbal Quijano, la colonialidad del poder nace desde el momento en que los conquistadores españoles, autodefinidos como blancos, se sienten biológicamente superiores a sus conquistados en el territorio americano, independientemente de que España misma esté hecha de diversas culturas. A partir de entonces, el color de la piel, arguye el famoso sociólogo peruano, se asocia a la raza, creando una serie de desigualdades y relaciones de poder. Debido a este nuevo paradigma, los dominadores europeos, guiados por una supuesta superioridad, figuran como los más avanzados de la especie, mientras que los dominados americanos son vistos como seres inferiores, atrasados e incluso primitivos (Quijano 2022, 28-38). Esta cuestión colonial, valga el recordatorio, sigue vigente en la actualidad. En el Perú, como en otras sociedades poscoloniales, el racismo y la discriminación siguen una lógica de dominación. Esto se aprecia desde el instante en que un peruano evalúa a otro, de manera instantánea y fulminante, en base a la raza, al color de la piel, para corroborar que todos los cholos, los morenos, los marrones son automáticamente feos, inferiores y por ende rechazables (Bruce 2007, 15-18). Este patrón racista, como bien documentan Wiener y Quillahuaman en sus obras, también se observa en la Península Ibérica donde los latinoamericanos, sobre todo los de piel oscura, son vistos como seres inferiores, aptos única y exclusivamente para realizar tareas domésticas o trabajos de construcción, en el mejor de los casos, o, por lo general, como individuos peligrosos, ladrones,

indocumentados y traficantes que afean la fachada del país otrora imperial.³

No es coincidencia que de todos los escritores peruanos que viven en España sean dos mujeres de piel morena, de rasgos indígenas, las que denuncien el racismo que experimentan en la península o en su país natal. Como bien explica Rita Segato, grande es el paralelismo entre el racismo automático y el sexismo automático. Porque ambos normalizan procedimientos de crueldad moral que minan, poco a poco y sin tregua, la vulnerabilidad de los subalternos, corroyendo su autoestima. Y ambos «responden a la reproducción maquinal de la costumbre, amparada en una moral que ya no se revisa» (Segato 2010, 115). Contra esta normalización del racismo se rebelan ambas escritoras con obras literarias comprometidas hasta la médula. Tal vez porque su escritura se convierte en la escritura de un cuerpo, el cuerpo de una mujer en cada instancia narrativa, tomando en cuenta sus particularidades sociales, económicas, étnicas, en medios patriarcales, clasistas, que de muchas maneras insisten en minimizarlas, ningunearlas o borrarlas por completo. En consecuencia, la escritura que en una y otra nace de un ser claramente femenino se impone como un acto político, disidente. Y sus textos literarios son eso, innegablemente, pero también, o sobre todo, denuncias que buscan un cambio.

2 Identidad marrón, chola y sudaca

A Gabriela Wiener la conocemos por sus crónicas atrevidas, inquietantes. Por tratar temas candentes, controversiales, como la pornografía, el embarazo o el poliamor, siempre desde una postura personal. Eso vemos en *Sexografías* (2008), por ejemplo, o en *Nueve lunas* (2009), *Llamada perdida* (2014) y *Dicen de mí* (2017). En *Huaco retrato*, Gabriela Wiener, realiza una intensa exploración de la identidad, partiendo de sí misma. Aunque la obra es ficcional, la narradora es la propia Wiener que escribe con una voz crónica sobre su antepasado, Charles Wiener, el famoso explorador judío-austriaco que confirmó la existencia de Machu Picchu en el siglo XIX y se llevó a Europa casi cuatro mil huacos prehispánicos y tal

3 Wiener explica muy bien cómo opera el racismo en la Península Ibérica, a través de microagresiones cotidianas, en una entrevista con Carolina Robino: «Gabriela Wiener: 'En España todavía me tocan la cabeza y me dicen qué bien hablas...」 No menos enfática es Quillahuaman, en una conversación con Carlos Madrid, al señalar que el racismo en el Perú y en España hace que te rechaces porque te rechazan desde fuera, o que te odies porque te odian.

vez a un niño indígena de muestra.⁴ Al exponer el racismo científico y el proyecto imperialista europeo del cual es parte su tatarabuelo, Wiener explora su propia identidad «marrón, chola y sudaca» (45) en una España contemporánea que insiste en recordarle su extranjería, su no pertenencia y la incomodidad que causa debido a sus rasgos físicos, al color de su piel. Recaltar su identidad 'chola', no está de más recordarlo con las teorizaciones de Guillermo Nugent, es revelar un término racializado que se usa en el Perú para jerarquizar, para determinar «quién es más y quién es menos» (2021, 96). El 'cholo', el indio urbano ubicado entre los «costeños» y los «serranos», pertenece a un mundo «intrínsecamente jodido», donde todo parece fuera de lugar, en perpetuo desorden social, y donde el *choleo*, el desprecio generalizado hacia los cholos, es usado rutinariamente para discriminar al otro que vale menos que uno en la escala social (Nugent 2021, 97). Para Wiener, indagar en sus raíces es también averiguar el origen de su tatarabuela mestiza, María Rodríguez, personaje desconocido para el mundo entero con quien el explorador tuvo un hijo que empezó la stirpe de los Wiener en el Perú, en 1877. Y es, sobre todo, ver cómo el mestizaje de su propia familia, a lo largo de varias generaciones, hasta llegar a los Bravo de su línea materna, sitúa a Gabriela Wiener en el bando de los menos privilegiados debido a los actuales patrones de blanquitud que dominan nuestro mundo. Así lo explica la narradora al principio de la novela:

Durante mucho tiempo, de niña y adolescente, quise sentirme más Wiener que Bravo, porque ya intuía que eso me daría más privilegios o menos sufrimientos, pero mis evidentes rasgos físicos, el color marrón que me hace india en España y 'color puerta' en Perú, me hicieron una Bravo más. Cuando vine a vivir a Madrid y supe lo que quería decir sudaca no me sorprendí. En Lima muchas veces había oído asociar mi color de piel con el color de la caca. (48)

Como bien explica Bolívar Echeverría, la 'blanquitud civilizatoria' de nuestro presente hace que la blancura racial y todo lo blanco o lo europeo se asocie con lo deseable, lo mejor o lo máximo, como un ideal al que todos deberían aspirar (2010, 61-5). No se trata solo de una blancura de raza sino de todo lo que esa valoración representa simbólicamente dentro de una comunidad: una serie de comportamientos aceptables, acceso a ciertos privilegios, un trato preferencial. Razón por la que siempre predominan en los medios y

⁴ Debido a todos los géneros con los que trabaja Wiener en *Huaco retrato*, Natalia Corbellini señala que la novela «nos permite reflexionar desde su condición 'transgénica' acerca de la identidad, la migración y la sexualidad tanto en el campo cultural latinoamericano como en el español» (2023, 205).

redes sociales de Europa y América Latina imágenes 'blanqueadas' que promueven la blancura y blanquitud de sus ciudadanos. Esta blanquitud civilizatoria es la causante de que a Wiener la vean como la representante viviente de los huacos retrato de algún museo europeo. Al menos eso siente ella, cuando cuestionan sus rasgos físicos en la Península Ibérica:

Desde que vivo en España, me encuentro por lo habitual con gente que me dice que tengo 'cara de peruana'. ¿Qué es la cara de una peruana? La cara de esas mujeres que ves en el metro. La cara que sale en la *National Geographic*. La cara de María que vio Charles. (60)

Para los españoles, como seguramente para su tatarabuelo, Wiener es una «india» (60) y, en calidad de sujeto exótico, representa el lugar colonizado, lo desconocido, la alteridad y los peligros asociados a una identidad «dudosa» que se sale de los parámetros de lo «normal» (Weisz 2007, 11-21).

Mucha razón tiene Israel Pérez Medina al señalar que Gabriela Wiener utiliza su novela como herramienta para descolonizar la «dominación global del sistema capitalista que surge con el colonialismo europeo a principios del siglo XVI» (2024, 353). En *Huaco retrato*, Wiener reflexiona no solo sobre el racismo científico que crea las bases de una concepción racista de las sociedades sino que muestra los efectos actuales de la supremacía blanca. Esto se observa con nitidez en la novela cuando una de sus parejas, Roci, una española blanca con la que forma un trío amoroso junto a su marido peruano, la lleva a la fiesta de cumpleaños de su abuela. Todo va de maravilla mientras disfrutan de una paella familiar, con los tíos, las tías y los niños corriendo por el patio, hasta que la abuela se interesa por saber qué tal trabaja la nueva muchacha: «Su voz cruza delante de mí, me atraviesa sin tocarme, no me lo pregunta a mí, se lo pregunta a alguien que tenga una voz, que pueda responder por mí lo que yo no puedo, como pidiendo referencias más» (128). El episodio, narrado en la novela como un escrito que Gabriela Wiener prepara para una sesión del taller «Descolonizando mi deseo», es doloroso en extremo, sobre todo porque le tratan de explicar a la abuela que ella no es empleada doméstica sino periodista, que escribe para *El País*, y la señora no lo entiende o no lo quiere entender, le pregunta cuántas casas limpia y trata de ver si la puede contratar porque la paraguaya que trabaja para ella estará de vacaciones y necesita ayuda con la limpieza.

Este episodio, claro está, denuncia el carácter eurocéntrico de la colonialidad del poder, la racialización de los dominados y la asociación de estos con el trabajo, la esclavitud, la servidumbre y su valor mercantil (Quijano 2022, 55-57). El 'racismo poscolonial' que

encontramos en la novela de Wiener –‘poscolonial’ porque recalca la superioridad de los dominantes de los antiguos imperios frente a los inmigrantes del presente que son vistos, automáticamente, como los otros, los demás, los no blancos, los indeseables (Nugent 2021, 23)–cala muy hondo porque Wiener de inmediato justifica el racismo de la abuela: «Pobre, estoy convencida de que no quería ofenderme, solo ha visto que soy sudaca y para ella todas las sudacas limpiamos casas. Así es el estereotipo. Pero cómo juzgarla» (128-9). La reflexión la hace pensar en su propia abuela andina, Victoria, la mujer que se rechazaba a sí misma por ser chola y a todos los cholos como estrategia de supervivencia en un mundo racista. Si en el Perú la ‘choledad’ es «una herida supurante y sin cicatrizar» (Bruce 2007, 53), en España esta condición de otredad también acosa a la protagonista.⁵ Es algo que no puede esconder, aunque lo intente, porque está en su piel. Aquí y allá, en todas partes. Y lo único que puede hacer en esa situación es levantarse de la mesa discretamente para llorar en el baño:

Me hubiera gustado escucharla, sonreír, menear la cabeza, cogerla de la mano, decir algo divertido y atesorar la anécdota junto a las veces en que me confundieron con la niñera de mi propia hija en un parque de Barcelona o cuando un señor en una farmacia limeña me dijo que nos fuéramos a su casa porque ‘necesitaban muchacha’. (129)

Lo mejor de este y otros pasajes de la novela es que ilustran con maestría cómo opera la blanquitud, fiel a un principio hegemónico, en tanto que la dominación aquí retratada implica cierto consentimiento por parte de los dominados.⁶ Lo digo por varias razones. Primero porque Wiener excusa a la abuela de Roci, pensando en lo buena que es, en lo difícil que habrá sido para esa mujer vivir durante el Franquismo, en una sociedad patriarcal, conservadora. En segundo lugar porque opta por el silencio para no incomodar a nadie, como lo hacemos muchos inmigrantes en situaciones similares. Y por último porque el incidente expone de nueva cuenta una herida que no cierra, ocasionada por habitar esa piel morena, marrón, que simboliza todo lo que su propia abuela andina rechazó en vida: lo indio, lo cholo, lo

⁵ Bruce se refiere a la ‘choledad’ valiéndose de los postulados pioneros de Guillermo Nugent en *El laberinto de la choledad*. Al respecto, véase, especialmente, el capítulo de Nugent: «Peruano + 1, peruano -1. Uno» (2021, 87-164).

⁶ Como bien señala John Chasteen: «Though it may seem soft, this form of political power is resilient and does devastating damage to people at the bottom. When they accept the principle of their own inferiority and, in the old-fashioned phrase, ‘know their place,’ they participate in their own subjugation» (2001, 69).

inferior. Gabriela Wiener lo explica así, sin ambages ni adornos de ningún tipo:

¿Por qué lloro? ¿Por qué me ofende? ¿Porque yo fui a la universidad? ... ¿Porque yo también considero que ser una trabajadora del hogar es ser menos que una periodista que escribe en *El País*? ¿Porque eso me recuerda mi racialización, la raza que siempre ha sido y será la medida de mí misma? Porque duele que vuelvan a meterme entera en ese casillero de sus cabezas. (130)

Las contradicciones que aquí hallamos, como los momentos en los que Wiener confiesa haberse amparado de niña en la blancura del padre para ponerse a salvo de la discriminación, muestran con eficacia los efectos letales de la blanquitud y las cadenas del racismo en la actualidad (Sánchez Espinosa et al. 2021, 76).

Hablo del racismo sistémico que Wiener denuncia en sus columnas, cuando una señora, en una fiesta de mujeres (españolas en su mayoría), la llama «Panchita de mierda», por ejemplo, solo porque no está de acuerdo con ella (2023b).⁷ O del racismo que Wiener observa cuando en una universidad, una profesora (blanca, valga la aclaración) le pregunta qué hacer para atraer a los migrantes a las aulas universitarias, sin siquiera tomar en cuenta los efectos de su perenne discriminación y borramiento, su racialización sistemática, o sus muchas necesidades económicas en un país que los margina e invisibiliza (2023a). En *Huaco retrato* Wiener expone este problema con una imagen que nos persigue mucho después del episodio con la abuela racista de su compañera:

Pienso en los esquimales que pueden ver hasta veinte tonos de blanco mientras aquí seguimos siendo incapaces de ver los matices. Vivimos con ese otro al que preferimos no conocer, al que se estereotipa, niega, encierra y deporta.

España es la abuelita. (130)

¿Exagera? Bien sabemos que no. Las huellas de la colonialidad, como explica la propia autora en el podcast *Hablemos, escritoras* de Adriana Pacheco, están aquí, en la superficie y en el interior de los cuerpos, en la piel marrón de los migrantes.

7 Como se sabe, el término «panchito» es uno de los más peyorativos para referirse a los latinoamericanos en España. Gabriela Wiener denuncia esto en su artículo «Panchita de mierda».

3 Ser latina en España

Al año siguiente de la publicación de *Huaco retrato*, Rocío Quillahuaman publica *Marrón*, donde documenta con voz autobiográfica su vida en Barcelona, a partir de los once años en que llega a la península de la mano de su madre y su hermana, con una visa por reagrupación familiar. Quillahuaman es humorista y animadora. Su profesión, leemos al abrir su libro, «es dibujar mal. No se considera ilustradora ni animadora, pero hace ilustraciones y animaciones. Tampoco se considera escritora, pero ha escrito este libro, su primer libro». La verdad es que sus ilustraciones y animaciones son excelentes, están hechas con un toque de humor, como el que encontramos en este párrafo introductorio sobre ella misma. Y escribe el libro de memorias, como explica en las primeras páginas, para darle visibilidad al racismo que sufren las mujeres de su condición, «chicas jóvenes marrones» que «quedan siempre apartadas, encasilladas como diferentes y marginadas» (6). A diferencia de Wiener, Quillahuaman proviene de un estrato social mucho más bajo, empobrecido. Es de San Juan de Miraflores, hija de padres andinos que llegaron a Lima escapando de la violencia de los años ochenta para ocupar los cerros desamparados de la capital limeña. El determinismo de ese origen pobre en un «asentamiento humano» (21), en un pueblo joven, parece seguirla a España, donde llega a ocupar otro lugar marginal simplemente por ser latina.⁸

Durante su primer año de estudios en Barcelona, Rocío se hace amiga de otros latinos, niñas y niños inmigrantes como ella, procedentes de Chile, Uruguay, Colombia y Ecuador. A través de ellos y sobre todo al pasar al instituto al año siguiente, Quillahuaman entiende que «ser latino era sinónimo de problemas» (35). Llega a esa conclusión porque la gente a su alrededor asocia a los jóvenes latinos con pandilleros que organizan peleas. Y así como en Lima su madre hace todo lo posible por apartarla de sus propios vecinos en San Juan de Miraflores, llevándola a comprar a los supermercados de la gente privilegiada, por ejemplo, o vistiéndola mejor que los niños de su entorno y no dejando que juegue con ellos, para que nadie la asocie con la pobreza y la marginalidad, en Barcelona también hace algo parecido: le pide que no se acerque a los latinos, que tenga cuidado con ellos, que los evite a todo costo para salir adelante. El

⁸ Mientras Wiener se empodera con el término 'sudaca', utilizado en España desde los años 70 y 80 para discriminar a los migrantes y exiliados de origen sudamericano, Quillahuaman se refiere a sí misma como 'latina', en consonancia con las actuales tendencias en España de llamar 'latinos' a todos los latinoamericanos, sin importar sus diferencias culturales. Si bien 'latino' no tiene el mismo peso peyorativo de 'sudaca', ambos términos se usan en la Península Ibérica para marcar la diferencia de los extranjeros, y estos, a su vez, utilizan dichos vocablos como armas de resistencia.

rechazo hacia lo propio, hacia las raíces autóctonas, y la valoración de todo lo extranjero, blanco y europeo como infinitamente mejor ejemplifica muy bien cómo funciona el racismo desde adentro. O cómo el dominado contribuye a su propia dominación, aceptando que en la escala de valores unos seres valen más que otros y que todos, los de arriba y los de abajo, ocupan el lugar que les corresponde. Bruce explica este racismo en el contexto peruano diciendo que uno siempre es «el cholo de alguien» (53), en una carrera por ser mejor que el de al lado. Se trata de un racismo permanente que obstruye el crecimiento individual, porque tanto los discriminados como los discriminadores se convierten en sus víctimas (Bruce 2007, 55). Al observar esta situación a la distancia, Quillahuaman concluye: «Queríamos escapar de nosotras mismas para aspirar a ser nuestras mejores versiones, siendo esa 'mejor versión' simplemente una negación de lo que éramos y de dónde veníamos» (35).

Que los jóvenes latinos sean vistos como un caso perdido en España, condenados *ab initio* a la marginalidad, sin la más remota posibilidad de hacer el bachillerato o de ir a la universidad, tiene sentido dentro de los parámetros del racismo. Toda sociedad racista busca depositarios de lo negativo, «los que facilitan el proceso de expulsión de todo aquello que es internamente clasificado como inadmisible» (Bruce 2007, 58). Como los latinos no tienen futuro, de adolescente Quillahuaman hace todo lo posible por distanciarse de ellos, para que, con suerte, digan sus compañeros: «Esa Latina No Es Como Los Otros, Es Como Nosotros» (36). El efecto nocivo de esta negación de lo propio para ser aceptada en España se plasma en *Marrón* cuando sus compañeras blancas la asocian con Pocahontas, y Rocío acepta el lugar exótico donde ellas la colocan como si fuera un dibujo animado. Porque eso es infinitamente mejor que estar al lado de los latinos «conflictivos» (37), perennemente sentados en las escaleras del patio, escuchando reggaetón. Para encajar mejor con sus compañeras catalanas, Rocío se esfuerza en pronunciar el español como una más de la península que ha estado ahí toda la vida. Pero ella, mejor que nadie, sabe que al final del día es una desarraigada, que no pertenece ni aquí ni allá, y que para encajar o pasar desapercibida ha vendido su propia libertad:

A veces pasaba por delante del grupo de chicas y chicos latinos y oía sus conversaciones. Me daba un poco de envidia oír que hablaban como yo, con toda la libertad del mundo. Pronunciaban las 'c' y las 'z' como 's', y usaban muchas palabras que solo se usan en Latinoamérica como *conchudo* (que tiene mucho morro), *chueco* (torcido) o *calato* (desnudo). Yo no podía usar esas palabras con mis amigas catalanas porque no me entendían. Al final dejé de decir 'ustedes' y empecé a decir 'vosotros'. (37)

Si bien el tratar de pasar desapercibido o como uno más del grupo dominante es una estrategia frecuentemente utilizada por los inmigrantes en su país de adopción, ya sea dentro de América Latina, en Europa, Estados Unidos, o en cualquier parte del mundo, para no llamar la atención, para evitar explicaciones, para no molestar o crear tensión, a Quillahuaman la traiciona el color de su piel, su diferencia étnica, su cuerpo que exuda extranjería. Ella lo nota, como Wiener en *Huaco retrato*, cuando en el metro la gente la mira con desconfianza, como si les fuera a robar. Y su estrategia de supervivencia es enseñar siempre las manos, sacarlas de los bolsillos:

Sé bien que muchas de esas señoras blancas son racistas y que cualquiera puede apretar su bolso contra su pecho al verme cerca. La mitad de esas señoras quiere verme las manos cuando me acerque a ellas. Así que, digamos que no deseo convertirme en ellas. (76)

Lo que hace Quillahuaman para sobrevivir en España, mostrándole a otros que no es peligrosa simplemente por ser marrón, es la realidad de muchos inmigrantes que pronto aceptan que el mundo dominante los juzga por su apariencia física y entonces hacen todo lo posible por no incomodar a aquellos que se sienten inseguros en su presencia. Porque al fin y al cabo están en su país, y encuentran todo tipo de excusas para justificar su comportamiento defensivo.

«Otra de mis técnicas de supervivencia es sonreír a todos los trabajadores que me encuentre para que sepan que no soy peligrosa» (76), confiesa Quillahuaman. Y añade, acto seguido:

Soy consciente de que, en parte, este miedo es causado por mis propios prejuicios, prejuicios contra mí misma, pero prejuicios que no inventé yo. Son prejuicios que me han venido de fuera, que he acabado asimilando y con los que tengo que vivir. (76)

Así es como se extiende la influencia hegemónica, de manera silente, sigilosa, logrando que el dominado acepte su lugar en la pirámide, sin rebelarse ante una realidad cruel, discriminatoria y excluyente que para todos es normal. Este y otros episodios del libro nos recuerdan que la lógica de la colonialidad, nacida con el contacto violento de Europa y América, sigue muy vigente en nuestros días: la categorización del otro, el dominado, como bárbaro y peligroso, así como la superioridad blanca y todo lo europeo asociado con la civilización, el progreso, lo mejor. Lo que palpamos en estas páginas es, diría Walter Dignolo, una herida colonial, física, psicológica, racista, las huellas todavía visibles de un discurso hegemónico que cuestiona la humanidad, la legitimidad y el valor de todos los que están fuera de los círculos de dominación (2005, 8).

Lo triste (por no decir lo peor) de todos los intentos de Quillahuaman por presentarse de la mejor manera posible ante aquellos que la juzgan *a priori* es que no la salvan de la violencia ni del maltrato físico, psicológico, y la regresan una y otra vez a su *laberinto de choledad*, como si jamás hubiera salido del Perú, o como si el Perú pobre, cholo, marginal, siguiera estigmatizándola desde lejos. Lo digo pensando en los postulados de Guillermo Nugent, quien considera que la condena del cholo, el mestizo peruano en una sociedad fuertemente discriminatoria, es habitar un laberinto cuyo camino entrecruzado, lleno de paredes y bloqueos, es simultáneamente el límite (2021, 46). Eso siente Rocío Quillahuaman cuando entra a la tienda & *Other Stories*, por ejemplo, y la persigue el guardia de seguridad. Por ser la única chica marrón que se atreve a cruzar sus puertas. Por ser la mancha que amenaza y ofende. Y lo siente cuando entra a un supermercado y algún empleado de seguridad la sigue por todos los pasillos para que no cometa un delito. O cuando consigue su primer trabajo, después de ir a la universidad, y al ingresar al edificio una mujer blanca, rubia, la interroga pensando que es una delincuente:

Esa manera de preguntar quién era me sonaba demasiado y no por la pregunta en sí sino por todo lo que la envolvía. Su postura era amenazante, defensiva, como si sintiera miedo y necesidad de protegerse de mí, que era visiblemente más pequeña que ella en estatura y edad. También había rechazo y asco en su forma de preguntármelo. Su manera de actuar me dejó indefensa pero a la vez me hizo sentir como si yo fuera el peligro. (162)

En una entrevista con Laura García Higuera sobre su libro, Quillahuaman explica que este tipo de racismo está en todas partes y que ella misma lo ha interiorizado: «Lo he normalizado durante tanto tiempo que he visto normal entrar al metro y sentir que la gente me mira o entrar en una tienda y que me persiguiera el de seguridad» (2022).

En *Marrón* Quillahuaman hace referencia a algo parecido cuando relata que una de sus jefas le da las llaves de la oficina para que la cierre al final del día, y al darse cuenta de que en el llavero también están las de su casa, le pide con total naturalidad: «Porfa, no me robes» (79). La violencia del racismo se observa no solo en la valoración negativa que hace la jefa con respecto a la inmigrante que trabaja para ella, debido a su origen latinoamericano, al color de su piel, sino en la respuesta complaciente de aquella que es discriminada sistemáticamente:

más que dolerme su petición, me dolió mi propia respuesta, le dije: 'No, no, ¡claro que no!', entre risas nerviosas y simpáticas. La persona más simpática y educada del mundo. Había notado que se

había puesto un poco incómoda al pedirme que no le robase en su casa y quise ponérselo fácil siendo simpática con ella. Riéndome como una estúpida. (79)

El incidente es bastante familiar para los inmigrantes que hemos optado por una salida similar en ciertos momentos de la vida en un país que no es el nuestro. Para no agravar la situación. O porque en ese momento el humor es una tabla de salvación. No olvidemos que el humor, como bien señala la propia autora al conversar con Rocío Niebla, «es un arma muy importante para sentirte grande cuando alguien te hace sentir pequeña. Es una herramienta que te devuelve el poder, que como mujer racializada se me ha arrebatado en muchas ocasiones» (2023). Esto no significa que el humor ácido de la situación borre la colonialidad imperante que Quillahuaman denuncia en *Marrón*. O eso percibimos al corroborar cómo se siente la autora tras portarse amable, atenta, con aquella que le recuerda su posición inferior en la pirámide de poder:

En el taxi de vuelta a la empresa, con las llaves en las manos y mirando por la ventana, me puse a llorar por ser tan idiota. Estuve todo el camino pensando en las respuestas que le podría haber dado y que no le di. (79)

Debido a pasajes como estos y a la exposición certera del racismo que afecta a Quillahuaman tanto en el Perú como en España, Esther Argüelles Rozada señala en una reseña de *Marrón* que «la escritura se presenta como un verdadero ejercicio de catarsis, de expresión de este desgarró interior, lo que provoca la paulatina aceptación (que no resignación) de la protagonista de su situación abismal» (2024, 148). Tiene razón. La misma autora reconoce en una entrevista en RTVE que escribir el libro le ha servido como un proceso de sanación para aceptar su identidad marrón, en un medio racista que sistemáticamente intenta borrarla (2022).

4 Descolonizar el deseo en Panchilandia

Vista de manera objetiva, la inmigración latinoamericana del nuevo milenio en España representa un verdadero «acontecimiento» y como tal, al decir de Slavoj Žižek, este excede a sus causas, cambia radicalmente la realidad, la transforma, debilitando cualquier noción de diseño estable (2018, 18). Ante la desestabilización del orden social, simbólico, la cultura dominante busca poner las cosas en su lugar, y para hacerlo traza diferencias insalvables entre los que pertenecen y siempre han pertenecido, los españoles en este caso, y los recién llegados, los inmigrantes latinoamericanos que cambian

los marcos sociales, la concepción del mundo de los dominantes. El otro, a partir de ese momento, es el sudaca, el latino, el panchito, el payopony. Y los portadores de estos nombres, peyorativos casi siempre, se convierten de inmediato -¿hace falta recordarlo?- en depositarios del odio, la desconfianza, el temor de aquellos que intentan desesperadamente volver a la simetría y el orden antes de la ruptura. Contra esta práctica discriminatoria, racista, se rebelan Gabriela Wiener y Rocío Quillahuaman. Aunque sus estilos son muy diferentes, así como el género de sus obras, la voz cronística que cada una utiliza documenta con efectividad una actitud racista y excluyente hacia los inmigrantes en España. Esa voz cronística les permite ir de lo personal a lo comunitario, incluir su propia voz, en primera persona, y las voces de otros, o jugar con varios géneros literarios para crear discursos disidentes, contestatarios.

En *Huaco retrato*, Wiener narra su participación en el taller «Descolonizando mi deseo», concebido solo para migrantes y mujeres racializadas, «para revertir la mirada cruel de siglos sobre nuestros cuerpos», para reclamar «lo robado» (117). Reparo en este pasaje de la novela porque en él Wiener reflexiona sobre las personas racializadas que, pese a ser discriminadas, siguen deseando cuerpos blancos, delgados, normativos, rechazando lo propio, lo marrón, lo autóctono. La lección sobre cómo funciona el racismo, la colonialidad y el deseo por el otro dominante se expresa con precisión en estas páginas. Y más, ante la dificultad de conciliar la teoría con la práctica. «La teoría me la sé», señala la narradora. «Pero cómo me la meto al cuerpo» (119). Es un problema que no solo existe en España sino en toda América Latina, donde aún seguimos viendo lo extranjero, lo europeo, lo estadounidense, como un ideal al cual debemos aspirar. Porque esa imagen del progreso, la modernidad, la felicidad y tantas quimeras más se vende en los medios, los anuncios, el cine y la televisión. La colonialidad, entendida como la expansión transhistórica de la dominación colonial y la perpetuación de sus efectos negativos en la actualidad (Moraña et al. 2008, 2), está plasmada en la novela de Wiener para criticarla y desbaratarla, para que la narradora y sus lectores cuestionemos por qué seguimos deseando lo blanco, la blancura. He ahí la resistencia del discurso novelístico que pone en tela de juicio la naturaleza imitativa, artificial y en muchos sentidos inauténtica de la cultura latinoamericana que idealiza todo lo extranjero, las ideologías foráneas, los moldes de otras realidades y otros cuerpos (Schwarz 1992, 1-12).

En «Descolonizando mi deseo» Wiener aprende de Lucre, una de las organizadoras del grupo con la que sostiene una relación sexual, que es necesario reconocer la belleza de los cuerpos catalogados como feos por ser morenos, abundantes, de pelo negro y ojos oscuros, para combatir a la cultura dominante. La consigna de vida, a partir de entonces, es reclamar el espacio para las «sudacas celosas

y posesivas, excesivas, pegajosas, despreciadas, chamuscadas, victimistas. Delirando entre la telenovela y el bolero» (144). La tarea es difícil porque implica quitarse de encima prejuicios solidificados durante un largo periodo colonial y poscolonial, significa desaprender los modelos dominantes de toda una vida y aceptar el cuerpo como es: marrón, hecho de otro barro y otros rasgos, nativos, originarios. Inspirada por el taller, Gabriela Wiener le cuenta a Lucre en la cama que quiere escribir un poema titulado «Panchilandia» y este aparece en el penúltimo apartado como una especie de manifiesto descolonial. Ahí, entre un verso y otro, la voz poética denuncia que en España critiquen su manera de hablar el español, porque «Las correcciones son extirpaciones»; señala que «Migrar no es volver a nacer, | es volver a nombrar lo que ya tenía nombre», porque hay que aprender nuevos registros, otras formas de ser y estar en el mundo; y recuerda «la primera vez que me gritaron | que me vaya a mi país, | a mi casa» (162-3). El poema es potente porque la denuncia del racismo se realiza con un lenguaje cotidiano que refleja la normalización de la agresión hacia el inmigrante:

Vivo en España hace dieciocho años,
pero en realidad
habito Panchilandia,
donde todo el mundo sonríe y nos habla con cariño.
Dicen con cariño panchi, panchita, machupicchu, fiesta nacional.
El chiste con el que dicen quererme
hace que parezca normal que no me quieran.
[...]
Me hablan de la peruanita que le limpia la casa a su amiga Pepa,
qué buena es, se puede confiar en ella.
Creen que es un tema de conversación
que pueden tener conmigo
porque yo también soy una peruanita confiable. (163)

La denuncia está ahí, en cada verso, para dismantlar la discriminación, el racismo normalizado, dulcificado, para atacar de frente y sin remilgos la manera sutil en que se coloca al extranjero en su lugar, recordándole su inferioridad, su falta de pertenencia. La denuncia se instala en el verso como una piedra en el zapato. Para crear incomodidad. Para que sepa el lector que ahí hay un problema. Porque no es normal exotizar al otro inmigrante por su pelo negro, «crin de caballo», por su piel, por sus dientes y sus manos, «tan pequeñas y morenitas» (163). Wiener instala la denuncia en este poema, en el libro, para que no la tomen en los parques infantiles por la niñera de su hijo, «o de cualquiera de sus hijos, de sus madres, de sus padres» (164). Pensando, precisamente, en el trabajo doméstico,

en el servicio que prestan los inmigrantes latinoamericanos a los españoles, descubre una herida supurante:

Mi profesora de geografía en Perú,
la que me enseñó la escala,
la latitud y la longitud del mundo,
le cambia el pañal a tu padre, España.
Ten un poco de decencia. (165)

Quillahuaman realiza una hazaña similar de denuncia y empoderamiento a lo largo de su libro. Después de secarse sus lágrimas por haber sido cómplice de su propia discriminación, sonriéndole a su jefa cuando esta le pide que no le robe, se queda con las llaves toda una noche, a sabiendas de que eso creará incomodidad en su agresora. Ese es su premio de consuelo:

Quizás esta es la única venganza posible. Que sepa que toda esta noche yo tendré sus llaves y que puedo entrar en su casa en cualquier momento junto a mi pandilla latina... Quizá yo no duerma tranquila pensando en las respuestas que pude darle, pero desde luego, su cabecita racista tampoco la dejará dormir tranquila. (80)

Aunque es una venganza silenciosa, dejarla por escrito es un acto de rebeldía, como lo es denunciar, en otro momento, la manera en que las catalanas la exotizan por su color de piel: «‘Tus labios son como negros, ¿no? ¿Eso por qué es? ¿Es normal?’ Me hacían exactamente las mismas preguntas que Cristóbal Colón hizo a los indígenas cuando llegó a América» (104). Con estas y otras palabras Quillahuaman se burla de todo un sistema social que la margina. Por ignorancia. Por temor a la diferencia. Porque esas microagresiones, demasiado cotidianas para los inmigrantes, minan la interioridad y autoestima de aquellos que las sufren: «lo peor», relata Quillahuaman para crear conciencia en sus lectores, «era que ese acoso me generaba un rechazo hacia mis rasgos y mi piel, que son parte de mi origen y de mi historia» (105). Escribir *Marrón* le sirve para aceptarse, para dejar de sentirse menos por ser de un color oscuro, por tener marcados rasgos indígenas. Para dejar de escaparse de sí misma. Y le sirve para poner en un primer plano, en alto relieve y a todo color, a una población sistemáticamente invisibilizada por la cultura dominante. Porque «los inmigrantes latinos estábamos en todas partes: en la calle, en los supermercados, en el metro, en las tiendas, en los parques, en tu casa, cuidándote a ti y a tu madre o a tu abuela», reflexiona la autora, «pero no había una representación proporcional en la televisión, ni en el cine ni en los libros. Ni en la cultura en general. Crecí sin tener ningún referente cultural latino» (165).

Para corregir esta situación y luchar contra los estereotipos racistas, Quillahuaman pasa tres años de su vida escribiendo *Marrón*. Y al final de la jornada se acepta con todas sus ambivalencias, sus hibridaciones culturales, su color y diferencia. En las últimas páginas del libro reconoce haber encontrado su lugar en el mundo, aunque la sensación de extrañamiento la acompañe toda la vida, aunque no falte quien la mire como un bicho raro y la juzgue automáticamente por su apariencia externa. Empoderada, Rocío Quillahuaman reconoce al final:

Soy peruana, *sóc barcelonina* y soy marrón. Me seguirán persiguiendo los guardias de seguridad, me seguirán confundiendo con una ladrona, me seguirán soltando comentarios sobre mis rasgos andinos, seguirán diciéndome que todas las peruanas somos iguales... En definitiva, soy consciente de que seguiré viviendo todos estos placenteros momentos pero también sé que lo haré con una actitud diferente. Ahora que soy dueña de mi propia historia y sé quién soy, voy a liarme a hostias con todos. (189)

El mensaje es poderoso. Reconozco que existe el racismo, que he sido discriminada por el color de piel, por mi apariencia. Que habrá gente que me trate mal. Pero no me voy a quedar callada. Este proceso de aceptación implica el reconocimiento de las armas que han sido utilizadas en su contra para luchar por un mundo mejor.

No hace mucho, en su cuenta de Instagram, Rocío Quillahuaman le dedicó una animación suya a Sudakasa, un espacio para escritoras latinoamericanas creado por Gabriela Wiener y otras autoras en España con el fin de brindar un lugar seguro para la creación en comunidad.⁹ En su post del 7 de julio del 2023, Quillahuaman escribe: «cuando @gabrielawienner me habló de @sudakasa me emocioné mucho porque es un sueño hecho realidad, cómo me habría gustado escribir mi libro en esta casa rodeada de sudakas». En la animación caricaturesca que acompaña al post, Gabriela Wiener, sentada en la cama donde Rocío Quillahuaman está acostada, le cuenta sobre el proyecto Sudakasa, concebido como una fantasía en un lugar de Castilla-La Mancha, para que ella no tenga que esconderse más y pueda escribir rodeada de otras creadoras, desde una perspectiva feminista, anticolonial. La animación de Quillahuaman refleja la complicidad de las dos ‘sudacas’ que por fin cuentan con un espacio propio, totalmente suyo en un país que las ha discriminado a cuál más.¹⁰ El post es significativo en tanto que refleja un verdadero empoderamiento de las mujeres escritoras,

⁹ Véase la página web de Sudakasa: <https://www.sudakasa.com>

¹⁰ El post completo se puede revisar aquí: <https://www.instagram.com/p/CuZPVI0KD80/>

en un espacio seguro creado por y para ellas. Para que se sientan menos desplazadas. O al menos por un instante: en casa.

En *Huaco retrato* Wiener narra que su tatarabuelo, el famoso explorador Charles Wiener, «se llevó consigo un niño indígena para ponerlo en una vitrina como hicieron con King Kong» (56). Se lo compra a una mujer que vive en la miseria y se lo lleva a Francia «para comprobar si criado lejos del mundo indígena logra remontar la barbarie» (55). Es una muestra exótica de los peruanos nativos, una curiosidad llevada a Europa como uno de los casi cuatro mil huacos mochicas que Wiener extrajo del Perú para mostrarlos en un museo. Nadie sabe qué fue de ese niño. Juan. Y Gabriela lo busca con insistencia en archivos, en exposiciones, en museos, en alguna tumba. Busca al Juan de carne y hueso y al Juan simbólico para saber si se asimiló, si dejó sus trajes indígenas para volverse europeo, si adoptó el apellido Wiener o no. Lo busca porque siente que se parece más a él que a su ancestro europeo, porque ese niño tendría sus mismos rasgos indígenas. Pascal Riviale, el experto en todo lo referente a Charles Wiener, tampoco sabe nada del niño que el famoso explorador llevó a Europa. Es más, ni siquiera reconoce a Gabriela Wiener como descendiente del austriaco conocido por sus relatos de viaje, *Perou et Bolivie* (1880). Contra ese borramiento escribe Wiener su novela *Huaco retrato*. Para reclamar su identidad chola, mestiza, híbrida, sudaca, vejada por siglos de colonialidad. Para ubicarse en el centro, pese a su marginalidad. Para no pasar por la vida, como Juan, sin dejar constancia de su paso por ella. Para no esfumarse como una sombra más.

Si la figura del inmigrante se vincula, por lo regular, a la otredad, la diferencia, el extraño, el extranjero, el huésped indeseado y el recién llegado, frente al dueño de casa, el anfitrión, el ciudadano (Moraña 2021, 27), tanto en *Huaco retrato* como en *Marrón* la escritura se impone como un grito de lucha para combatir estereotipos, procesos discriminatorios, imágenes reduccionistas, la colonialidad del poder, y el ninguneo, el borramiento o la invisibilización de las minorías étnicas. No es poca cosa que la novela de Wiener se titule *Huaco retrato* y que en esa figura de la cultura moche, indígena, se reconozca la propia autora.¹¹ Ni es detalle menor que Quillahuaman titule sus memorias: *Marrón*, haciendo referencia explícita al color con el que se ha marcado su diferencia y que ella aquilata con orgullo personal. Ambos libros son una proclama desesperada contra la

11 Si los *huacos*, llamados así por encontrarse en las *huacas* (sepulcros de los antiguos indígenas americanos), son cualquier objeto de cerámica, los 'huacos retrato' muestran los rostros de la cultura moche (200 a.C.-800 d.C), dándonos una idea muy concreta de sus hombres, sus mujeres y sus niños. Para una breve sinopsis de estas cerámicas, véase el artículo de Janusz Z. Woloszyn.

supremacía blanca, un manifiesto, una postura política contra un racismo calcificado en Latinoamérica y en España.

Bibliografía

- Argüelles Rozada, E. (2024). «Quillahuamán, Rocío. *Marrón. Memorias*. Blackie Books, 2022, 200pp». *Perífrasis*, 15(172), 147-8.
- Bruce, J. (2007). *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.
- Chasteen, J.C. (2001). *Born in Blood and Fire. A Concise History of Latin America*. New York: W. W. Norton & Company.
- Corballini, N. (2023). «*Huaco retrato* de Gabriela Wiener. Filiación, identidad, deseo y migración». In *Mediaciones de la Comunicación*, 18(2), 203-22.
- Echeverría, B. (2010). *Modernidad y blanquitud*. México: Era.
- García Canclini, N. (2005). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- García Higuera, L. (2022). «*Marrón*, unas ‘memorias rabiosas’ para despojarse de racismo y escuchar reguetón». *elDiario.es*, 30 de octubre. https://www.eldiario.es/cultura/marron-memorias-rabiosas-despojarse-racismo-escuchar-regueton_1_9640776.html.
- Madrid, C. (2023). «Rocío Quillahuaman: ‘Esa es la triste realidad del racismo: que te acabas odiando porque te odian’». *TeleCinco*, 20 de junio. https://www.telecinco.es/noticias/cultura/20230620/rocio-quillahuaman-autora-libro-marron-escritora-racismo-acabas-odiando_18_09813409.html.
- Mignolo, W.D. (2005). *The Idea of Latin America*. Malden: Blackwell Publishing.
- Moraña, M. (2021). *Líneas de fuga, frontera y sujeto migrante*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert.
- Moraña, M. et al. (2008). «Colonialism and Its Replicants». Moraña, M. et al. (eds), *Coloniality at Large. Latin America and the Postcolonial Debate*. Durham: Duke UP, 1-22.
- Niebla, R. (2023). «Rocío Quillahuaman: ‘El humor me devuelve el poder que como mujer racializada me han arrebatado’». *Pikara Magazine*, 22 de febrero. <https://www.pikaramagazine.com/2023/02/el-humor-me-devuelve-el-poder-que-como-mujer-racializada-me-han-arrebatado>.
- Nugent, G. (2021). *El laberinto de la choleadad. Páginas para entender la desigualdad*. Lima: Taurus.
- Olmo, G.D. (2024). «Qué papel juegan los inmigrantes de América Latina en el buen momento de la economía de España». *BBC News Mundo*, 29 de mayo. <https://www.bbc.com/mundo/articles/c97z209rj93o>.
- Pacheco, A. (2023). «Gabriela Wiener. Episodio 410». *Hablemos, escritoras*, 1 de febrero. <https://soundcloud.com/hablemosescritoras/episodio-410-acerandonos-a-escritoras-gabriela-wiener>
- Pérez Medina, I. (2024). «Fabulación crítica y actos descolonizantes en *Huaco retrato* de Gabriela Wiener». *Confluenze*, 16(1), 351-68.
- Puntos de vista*. (2022). «Entrevista a Rocío Quillahuaman, autora de *Marrón*». RTVE, 30 de noviembre. <https://www.rtve.es/play/videos/puntos-de-vista/rocio-quillahuaman-marron/6748086/>.
- Quijano, A. (2022). *Vivir adentro y en contra. Colonialidad y descolonialidad del poder*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

- Quillahuaman, R. (2022). *Marrón*. Barcelona: Blackie Books.
- Robino, C. (2021). «Gabriela Wiener: 'En España todavía me tocan la cabeza y me dicen qué bien hablas'. Les sorprende que de esta cara de huaco pueda salir algo más o menos articulado». *BBC News Mundo*, 29 de diciembre. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-59774666>.
- Rosati, S (2018). «Latinos en España: la difícil convivencia entre dos identidades». *El País*, 20 de marzo. https://elpais.com/elpais/2018/03/12/planeta_futuro/1520869799_047698.html.
- Sánchez Espinosa, A. et al. (2021). «Danzando entre las categorías de bastardía, perplejidad y complejidad: migraciones y ascendencia en *Huaco retrato* (2021) de Gabriela Wiener». *Letral*, 21, 68-89.
- Schwarz, R. (1992). *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*. Gledson, J. (ed.). Londres: Verso.
- Segato, R (2010). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Wiener, G. (2020). «Orgullo marrón». *The New York Times*, 14 de julio. <https://www.nytimes.com/es/2020/07/14/espanol/opinion/identidad-racismo-america-latina.html>.
- Wiener, G. (2021). *Huaco retrato*. Barcelona: Penguin Random House.
- Wiener, G. (2023a). «Como si no fuéramos todos enemigos de España». *Público*, 7 de diciembre. <https://blogs.publico.es/dominiopublico/58032/como-si-no-fueramos-todos-enemigos-de-espana/#analytics-buscador:listado>.
- Wiener, G. (2023b). «Panchita de mierda». *Público*, 23 de mayo. <https://blogs.publico.es/dominiopublico/52806/panchita-de-mierda/#analytics-buscador:listado>.
- Weisz, G. (2007). *Tinta del exotismo. Literatura de la Otrredad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Woloszyn, J. (2021). «Los 'retratados' y el simbolismo de los 'retratos'». *Quipu Virtual. Boletín de Cultura Peruana*, 81, 2-4. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/2626677/Quipu%2081%20-%20Los%20huacos%20-%20retrato%20de%20la%20cultura%20moche.pdf.pdf>.
- Žižek, S. (2018). *Acontecimiento*. Trad. de R. Vicedo. Madrid: Sexto Piso.